

**UNA LECTURA DE LA MUERTE. DIÁLOGO ENTRE LOS APORTES DE
LOUIS-VINCENT THOMAS Y LAS CONTRIBUCIONES DESDE LA
PERSPECTIVA LINGÜÍSTICA**

Ana Laura Aroca Negrón
lauaroca@gmail.com

Mariana Ferraresi Curotto
marianaferraresicurotto@gmail.com

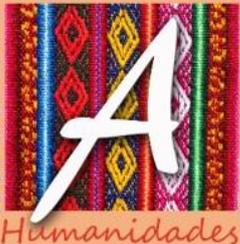
Gabriela Eliana Santillán
gaby.tuli@gmail.com

RESUMEN

En un trabajo anterior, planteamos un recorrido teórico por los conceptos de signo denotado, forma simbólica y símbolo en el marco de las teorías de Lotman, Barthes y Cassirer; con el objetivo de lograr una aproximación, para deslindar el concepto de muerte simbólica, central en el proyecto de investigación titulado: *Muertes simbólicas y discursos sociales en contextos de interculturalidad*, en el que aquel trabajo y éste se inscriben. En esas lecturas, interpretamos el símbolo estrechamente ligado a la cultura, la historia y la sociedad en las que se enmarca; por lo que ya no se hablaría de signo, sino de otras maneras de morir, lo cual nos lleva a una lectura en clave simbólica que permite fugas de sentido y por lo tanto, habilita el tercer sentido. En esta oportunidad, nos interesa poner en diálogo el recorrido conceptual realizado anteriormente con la visión antropológica de la muerte de Thomas (1983), quien plantea una lectura saussureana de la muerte, donde se recupera la especificación de lenguaje, lengua y palabra, para situarse en el plano de la humanidad, de una sociedad dada o del individuo. En conclusión, esperamos que este ejercicio dialógico dé como resultado una ampliación teórico-interpretativa, así como la actualización de los conceptos analizados, en la idea de proyectar esta contribución a las fuentes de estudio del proyecto, en el que este trabajo se encuadra.

Palabras-clave:

Antropología de la muerte. Cultura. Muerte simbólica. Signo. Símbolo.



INTRODUCCIÓN

Este trabajo se enmarca en el *Proyecto Muertes simbólicas y discursos sociales en contextos de interculturalidad* y pretende ampliar las lecturas de los marcos conceptuales propuestos, en esta oportunidad, leyendo la muerte simbólica desde la disciplina antropológica.

UNA LECTURA DE LA MUERTE...

En trabajos anteriores se realizó el abordaje de textos literarios, de los que se rescataba especialmente la mención denotativa de la muerte. En una etapa posterior, se superó la lectura lineal al considerar e interpretar la muerte simbólicamente. Esta segunda lectura no se realizó de forma lineal, sino que el mensaje se une a una interpretación más rica y decodifica los símbolos como “condensadores semióticos”, en palabras de Lotman. Para ello es necesario un saber antropológico que actualiza integrando el contenido percibido al conocimiento de la sociedad que nos da marco como lectores. Los símbolos condensan principios de signicidad y conducen fuera de esos, completándose en el sentido que la memoria cultural les da. Se trata de la muerte simbólica, es decir, los comportamientos, los ritos, las vestiduras, etc. que acompañan el duelo. No se trata únicamente de la muerte existencial y física denotada.

Thomas realiza un estudio antropológico de la muerte, desde una semiología antropológica de la muerte o una tanatosemiología. Para esto toma tres perspectivas o dimensiones: 1) la dimensión simbólica; 2) la dimensión paradigmática, que atiende a las oposiciones, y 3) la dimensión sintagmática, es decir, los juegos de vinculaciones.

En la dimensión simbólica, que – junto con Thomas- nos interesa especialmente, se procede por sustitución metafórica; es decir, se usa el símbolo, o metonímica, hay un desplazamiento. Este antropólogo estudia en particular los símbolos de los comportamientos y de los ritos -el de la iniciación y el álgebra ritual de los funerales, los símbolos de las vestiduras, signos distintivos del duelo, los de los cantos mortuorios, el de las estatuas, las tumbas y las máscaras-. Interesa el símbolo, como un signo inserto en una sociedad específica.

El símbolo es *la forma más rica del lenguaje*, es una noción polisémica, una idea abstracta que supone una valorización del referente. Éste vale en relación con un sistema simbólico, por ejemplo, la imposición social de participar de un funeral vestido formalmente y de negro, en oposición y relación con los otros colores y sus correspondientes asociaciones significativas. El símbolo es el signo de valor social por excelencia, puesto que contiene una carga afectiva o emocional innegable.

En este punto, Thomas cita a Lévi-Strauss, quien considera que un símbolo se representa y se lo inscribe en una cultura determinada "como un conjunto de sistemas simbólicos, donde se sitúan en primer lugar el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia, la religión" (Thomas, 1983:514).

De este modo, cada símbolo implica: *una alusión al saber*, procedimientos mnemotécnicos, unidades de almacenamiento que encierran un máximo de informaciones; *una referencia al valor* o más bien a los valores fundamentales de la colectividad, los que aseguran su supervivencia y su reproducción; *una finalidad dentro del rito*, que hace

coherente, a la vez en el plano formal y en el de la vivencia, a los momentos-clave, asegurando así su unidad, su totalidad viviente, por lo tanto su éxito; *una estructura de acción* en el seno de la cual cada "actor" entra en juego de una manera litúrgicamente codificada.

El antropólogo desarrolla su estudio de la muerte como hecho cultural desde diversas perspectivas de modo general y lo ejemplifica, en lo específico, con las culturas negro-africana y occidental.

Thomas define el símbolo como un signo que, si bien es el que carga la significación, debe cumplimentar o implicar todo lo antedicho para ser considerado como tal, en combinación con una determinada actitud de quien lo lee o interpreta. Ésta no se limita a decodificar los mensajes como meros signos en sentido denotativo, sino que manifiesta y aplica una voluntad de interpretación, donde pone en juego su saber cultural y emotivo acerca de experiencias culturales compartidas. En este punto, se podría relacionar con Barthes (2002), que hace referencia a la orientación en el momento de la lectura como simbolizante o desimbolizante en relación con la saturación de símbolos que exista a nivel cultural.

Al morir, en las sociedades africanas, se genera un rito necesario para interpretar, asir, esa muerte individual y generar una reacción en consecuencia. Se trata de un duelo, donde se conjuga la perennidad de la vida de la familia y la comunidad. La muerte no llega a suprimirse en el plano real, sino sólo es negada en el plano simbólico. Para que la operación funcione, hay que pagar un cierto precio, hay que admitir implícitamente que la verdadera realidad de la vida no es individual, sino colectiva. La muerte representada tiene lugar en el ritual iniciático: es la muerte simbólica africana. Toda iniciación implica necesariamente que se le dé muerte simbólica al postulante y después, se lo haga renacer. A la muerte física individual, la iniciación opone la muerte representada, seguida de un renacimiento actualizado por y para el grupo, por la vía de la repetición simbólica. Dependiendo de cada etnia particular, la muerte suscita: cantos, danzas, representaciones dramáticas, expresiones catárticas, comunicación con el difunto como parte del ritual.

¿QUÉ PASA EN NUESTRAS SOCIEDADES?

Debemos decir, como afirma Thomas, que no conocemos nada en nuestro mundo occidental que se corresponda ni de cerca con ese rito tan rico, tan intensamente dramático, tan poderoso contra la muerte como es la iniciación, dominio de *lo imaginal* por excelencia. El duelo traduce a la vez la inadaptación de los individuos a la muerte y el proceso social de readaptación que les permite a los supervivientes cicatrizar sus heridas. Las sociedades occidentales judeo-cristianas ya no verían la muerte física como simbólica de la reencarnación, el pasaje o el renacimiento, como otras sociedades del África. El hecho del renacimiento, sin embargo, en nuestras sociedades, entendemos, se da en el bautismo. Se distancia la formalidad de la vivencia y aunque se sostenga desde la religión el paso a la vida eterna, se transita como un hecho trágico: el final de la vida. Las sociedades negro-africanas han hecho de la muerte una institución, con un juego complejo de reglas, interdicciones, actitudes simbólicas y algo semejante se encontraba en Occidente antes de la Revolución Industrial (Thomas, 1985:554). Entre nosotros han desaparecido totalmente los mecanismos simbólicos de compensación en el duelo (imagería, fantasía, condolencias). Sin embargo, en pequeñas sociedades del interior provincial de Catamarca se conservan rituales mortuorios que enmarcan la muerte, la acompañan y hasta la encausan y conducen -mediante ayuda de familiares y personas cercanas del difunto- a la otra vida. En Aroca



(2013), se registran desde ceremonias de marcación de la muerte, como la colocación de crespones fúnebres en los marcos de las puertas de la casa, hasta rituales como el velorio de los objetos personales del difunto y su lavatorio, donde los objetos son lavados y guardados en una habitación por un año. También se destaca el sacrificio del perro que acompañó al muerto durante su vida, el cual es usado como una suerte de flete que le permitirá al fallecido llegar a su supremo destino. En este ritual, una vez que ha adquirido la rigidez necesaria, el animal es ataviado como un caballo o mula y enterrado parado junto con ofrendas para el difunto.

El duelo occidental afecta cada vez a un número de personas más limitado. Simbólicamente el rechazo del duelo, tal como hoy se manifiesta entre nosotros, aparece como una forma nueva de *negación* de la muerte. Ahora ya no es meramente lo simbólico lo que se cuestiona, sino lo imaginario mismo. La promesa de vida eterna del cristianismo ha perdido vigencia, o bien, las sociedades occidentales actuales perdieron la fe en ésta.

Surge de todo esto que el ritual cristiano de los funerales, a pesar de que hubo reformas interesantes (con o sin sacerdote, cantos, palabras alusivas), no ha sido capaz de otorgarle al símbolo todos sus derechos. Y no podía ser de otro modo, puesto que ese ritual sólo aparece como un compromiso que le permite al cristianismo presentarse ante un mundo que precisamente tiene miedo de mirar a la muerte de frente.

En la simbólica africana, la muerte no se interpreta como un hecho sino como un estado, diferente del de la vida. La diferencia entre el estado anterior a la muerte y la supervivencia no es más sorprendente que el que separa la edad adulta de la existencia que precede a la iniciación de la pubertad. Pero esencialmente, la muerte es sólo un pasaje como cualquier otro y el difunto no es un individuo excluido de las funciones sociales; es a lo sumo alguien que regresa y por regla general, alguien que está presente. La muerte se convierte entonces en la mediación de lo individual hacia lo colectivo, la comunidad de los antepasados.

La simbólica de la muerte no se agota en la alegoría iconográfica, en las actitudes y comportamientos, en las conductas vestimentarias, en los símbolos de las necrópolis. Siguiendo a Thomas, la función de los ritos funerarios negro-africanos es restituir lo que la muerte ha hecho desaparecer. No hay en estas culturas una negación de la muerte, sino su aceptación como condición de la regeneración; su reconocimiento como instrumento de vida; se la imita, se la representa o se la provoca con el fin de disminuir su alcance, ponerla al servicio del grupo o aumentar la vitalidad. Por lo tanto, el rito es lo que otorga y acrecienta la vida.

Hay una suerte de trivialización de la muerte; se intenta desplazar su carácter insólito y bajarla a un hecho más usual. Según la concepción negro-africana, sólo hay dos salidas: la simbolización o la muerte. La muerte misma es símbolo, el de nuestra naturaleza esencialmente perecedera y también es revelación e introducción, puesto que las iniciaciones rituales tienen siempre una fase de muerte, antes de la participación en la vida nueva.

Por su parte, hay que reconocer que la pluralidad de símbolos funerarios en Occidente (símbolos religiosos; cruz-medialuna) degenera a menudo en simples signos de valor puramente enunciativo o informativo. Estos inducen a una simple lectura-traducción que sólo muy escasamente *convoca* al registro de la afectividad, como ocurriría si se tratase de símbolos auténticos. Por ejemplo, en la lectura de las inscripciones funerarias o en la repetición de la liturgia de la muerte.

En Europa, la muerte de un viejo ya no es un acontecimiento capital, que se celebra en medio del alborozo colectivo y lo que queda entre nosotros de la iniciación ha suprimido

totalmente la escenificación simbólica que conduce de la muerte representada al renacimiento. Por un lado, el negro-africano suscita procesos socialmente reglamentados para luchar contra los prejuicios de la muerte individualizadora, mientras que en Occidente asistimos a fenómenos de desacralización de la muerte bien caracterizados (Thomas, 1983:500). Por ejemplo la pérdida de la fe, el rito protocolar, el ocultamiento de la actitud doliente y la acción de llorar sólo en privado. La tristeza se ha vuelto un acto vergonzoso. Antes ésta era aceptada por todos como una transición necesaria y suponía comportamientos igualmente rituales, como las visitas obligatorias, las cartas de consuelo, los "socorros" de la religión.

La tanatopraxis, posterior a la Revolución Industrial en Europa del oeste, pierde su carácter simbolizante y el poder pragmático de la palabra. Hay una civilización de la escritura y no de la oralidad, una civilización de la técnica más que del verbo. El mundo occidental no le confiere a la palabra el mismo poder y sólo opera como intermediaria de la comunicación y vehículo del saber y de la ideología.

El devenir histórico, cultural y político de las comunidades estudiadas por este autor se plasma en la vivencia e interpretación, en el imaginario de la muerte que realiza cada grupo étnico. Los rasgos de la cultura oral de los grupos africanos posicionan al símbolo con importante presencia en su experiencia. Para ellos, la palabra no sólo denomina, sino también ejecuta. La lengua, con sus signos y símbolos, hace, cuestiona, interpela e identifica la muerte. En la cultura occidental, de comunicación escrita, la palabra es canal y no tiene la fuerza pragmática de cuestionar, de hacer frente a lo irrevocable de la muerte.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En este trabajo, abordamos la lectura de Louis-Vincent Thomas. Entre los puntos sobresalientes, planteamos la noción de símbolo, distinto del signo; sus elementos constitutivos y caracterizadores. Además, hemos podido deslindar y ejemplificar el concepto de muerte simbólica, tomando como eje la oposición del rito mortuario en las culturas negro-africanas y en Occidente. Consideramos que las fugas de sentido propiciadas con la muerte simbólica en nuestras sociedades involucran el tercer sentido que sólo se habilita si la persona está afectiva y emotivamente comprometida con el hecho ritual. Entendemos que existe una voluntad del individuo para hacer una lectura simbólica.

En nuestras sociedades actuales no se conservan expresiones simbólicas de la muerte, sino una ritualidad decantada de antiguas simbologías, cuyas formas se fueron desvalorizando hasta casi vaciarse de sentido y sólo conservando manifestaciones protocolares que se amalgamaron con las formas ceremoniosas propias del avance de la cultura occidental. Sin embargo, en el interior profundo de nuestro país, en el seno de pequeñas comunidades apartadas casi por completo de las urbes y poco influenciadas por la escolaridad y la religión, se conservan todavía, aunque de manera precaria y hasta vistas con connotaciones peyorativas y arcaicas, rituales simbólicos caracterizados por su marcado perfil iniciático de la vida, tanto terrenal como supraterranal.

Quizás ejemplos de muertes simbólicas -no físicas- en nuestras sociedades actuales podrían ser: el exilio, la deserción política o de alguna agrupación; quizá la enemistad, el despido, el abandono, el encarcelamiento. Se sienta aquí una tentativa a continuar su estudio en trabajos próximos.

**BIBLIOGRAFÍA Y WEBGRAFÍA**

- Aroca, J.E. (2013). *Una copla en la puna*. Bs. As.: Dunken.
- Barthes, R. (2006). *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós
- Barthes, R. (2002). *Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos y voces*. Barcelona: Paidós
- Ferraresi Curotto, M. y L. Aroca Negrón (2014). "Los conceptos de signo denotado, forma simbólica y símbolo. Estado de la cuestión." (en prensa)
- Lotman, I. (1996). *Semiósfera I*. Madrid: Cátedra
- Thomas, L. V. (1983). *Antropología de la muerte*. México: FCE.